

## OPINIÓN



Santiago  
Quesada García  
Profesor E.T.S. Arquitectura de Sevilla

## Patrimonio, piedras, paisaje

■ Aún hoy se derriban edificios del caserío popular con objeto de aislar monumentos. Se destruyen efectos de relación en un entorno especialmente bello

Las ciudades de Baeza y Úbeda aparecen hacia el valle del Guadalquivir como dos pequeños burgos colocados sobre colinas cercanas. Amigas y hostiles al mismo tiempo, se enfrentan orgullosas de su identidad. Fragmentos de murallas, pero sobre todo, su forma compacta y recogida nos recuerda antiguas ciudadelas colocadas en alto para dominar un vasto territorio. Existe, sin embargo, un destino que las une: ambas tienen, en su punto más elevado, un alcázar inexistente, desaparecido, del que apenas quedan trazas. Es como si las dos ciudades se hubieran querido refugiarse en los pliegues de la topografía del lugar.

La ausencia de los recintos amurallados es una de las principales diferencias que las distinguen de las "ciudades-estado" italianas. El clima bélico que se vivía en la Italia del cuatrocientos y del quinientos, hace que sus ciudades sean baluartes donde no se pueden desarrollar las ideas urbanísticas de los teóricos del Renacimiento. En los reinos de España, la seguridad interna impuesta por los Reyes Católicos provocó crecimientos urbanos

extramuros que permitieron la aplicación práctica de lo expuesto en los tratados renacentistas.

En Úbeda y Baeza se desarrollaron los temas teóricos del Renacimiento, adaptándolos a una situación social, política y económica completamente diferente a la italiana, generando soluciones, en algunos casos, completamente nuevas y, en otros, reelaborando ideas previamente ensayadas, pero en ambos produciendo una serie de resultados, que se instalan por derecho propio dentro de la cultura de la Edad del Humanismo.

Pero, respecto a la experiencia italiana, en Úbeda y Baeza se da una situación excepcional: su ubicación extraordinariamente próxima en el territorio. No existe una situación parecida de dos ciudades medias equivalentes, tan cercanas y que hayan mantenido constantemente una situación de



RAFAEL CASAS

metrías regulares rectas sobre las que se superponen caminos, acequias, almazaras, cortijos... Es un paisaje manipulado y alterado por el hombre, un paisaje cultural donde las modificaciones sobre la madre tierra son como los pliegues que el tiempo hace en las manos de un campesino, que durante años ha ido construyendo un lugar mejor para vivir.

Las ciudades no sólo son monumentos sino que están pobladas de lugares, de sitios donde sentir emociones: el paseo de las murallas en Baeza, el arrabal de San Millán en Úbeda, los castillos templarios de Cazorla y Segura. Sin embargo, como decía Muñoz Molina: "no queda nada, ni lo más reciente". Todavía hoy se derriban edificios del caserío popular con objeto de aislar monumentos, destruyendo efectos de relación con su entorno especialmente bellos o se pican los caracteres enjabelgados de cal andaluces para descubrir pobres muros de piedra con los que ensalzar la falsa antigüedad de algunas casas. Se modifica la forma de vivir las ciudades, su cultura y su idiosincrasia.

El equilibrio del paisaje donde se implantan las dos ciudades es

muy frágil. En los últimos años estamos asistiendo a procesos de radical transformación: desaparición de pequeños huertos, con muros de piedra en seco, frutales, almendros, higueras, granadas...; lugares de ocio y subsistencia que servían de transición entre ciudad y campo abierto. Asistimos, impotentes, al trazado de dudosas circunvalaciones, a plantaciones indiscriminadas de olivos, a un excesivo desarrollo industrial entre el vacío que separa las dos ciudades y cuya soldadura física sería deseable impedir.

La declaración de Baeza y Úbeda como Patrimonio de la Humanidad producirá un mayor conocimiento de las mismas dentro y fuera de nuestras fronteras, pero debería significar algo más. Debería suponer un compromiso, de toda la sociedad civil; administraciones y agentes sociales, con ambas ciudades en una línea de defensa, divulgación, recuperación y mantenimiento de sus ricas realidades, identidades e idiosincrasia, que permita mantenerlas alejadas del enésimo parque temático que el deseado turismo demanda. ■

